



Desde 9 años

Nuestros derechos a ser amados y cuidados, a la educación y al juego, a nuestra identidad, a la igualdad, a ser auxiliados, a informarnos, a compartir... expresados aquí en una serie de entretenidos y novedosos cuentos. Una manera inteligente para que nosotros, los niños, conozcamos nuestros derechos divirtiéndonos.

Saúl Schkolnik es un arquitecto chileno, licenciado en Filosofía, que se ha dedicado a la creación literaria infanto-juvenil. Todas sus obras tienen un gran éxito y han obtenido importantes premios internacionales (como el 1^{er} Premio en el Concurso de Literatura Infantil patrocinado por la UNESCO en 1978). Entre sus obras destacan Erase una vez... un hermoso planeta llamado tierra, Cuentos para sonreír y Cuentos para adolescentes románticos.



CÓDIGO 17-5

Saúl Schkolnik Cuentos de los derechos del niño



CUENTOS DE LOS DERECHOS DEL NIÑO

Saúl Schkolnik

Zig-Zag

Saúl Schkolnik

CUENTOS
DE LOS DERECHOS
DEL NIÑO



Ilustraciones de
ANDRES JULLIAN.

Delfín de Color
I.S.B.N.: 956-12-0785-0.
9ª edición: Octubre del 2000.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1273-0.
10ª edición: Octubre del 2000.

© 1993 por Saúl Schkolnik Bendersky.
Inscripción N° 86.631. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 17.
Teléfono 3357477. Fax 3357545.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Impreso por Imprenta Salesianos, S.A.
General Bulnes 19. Santiago de Chile.

Indice

• EL ENOJO DEL REY	9
<i>Derecho a oír cuentos</i>	
• CHORLITOS EN LA CABEZA	21
<i>Derecho a ser amado y cuidado</i>	
• LA CASI TRISTE HISTORIA DE VILLA ALEGRE	29
<i>Derecho a la educación y el juego</i>	
• ¡QUÉ GANAS DE COMER UN HUEVO FRITO!	37
<i>Derecho a la cultura, religión e idioma</i>	
• LA NIÑA QUE NO TENÍA NOMBRE	43
<i>Derecho a la identidad</i>	
• LA GUERRA DE LOS COLORES	55
<i>Derecho a la igualdad</i>	
• MEDU, LA PEQUEÑA MEDUSA AZUL	65
<i>Derecho a ser auxiliado</i>	
• ¡ESCÚCHENME!	77
<i>Derecho a expresarse</i>	

• CÓMO SE PUEDE MOVER UNA MONTAÑA	85
<i>Derecho a compartir</i>	
• ¡CUÁNTO TRABAJO, CUÁNTO TRABAJO!	93
<i>Derecho a informarse</i>	
• EL SOMBRERO DE PAJA	101
<i>Derecho a la buena calidad de vida</i>	
• GLOSARIO	109

EL ENOJO DEL REY

Un buen día, o quizás debiéramos decir un mal día, o mejor aún un pésimo día, su Sacrarreal Majestad, Zacarías IV, que acababa de cumplir nueve años, fue a la cocina de su palacio en busca de un pastel.

Allí se encontraban el cocinero, los pinches, las mucamas y los mozos preparándose para servir el almuerzo. ¡Ah!, y también estaba la pequeña Yasna, hija del portero del palacio.

Al ver al rey todos dejaron de trabajar e hicieron una profunda reverencia. Todos menos Yasna, que como no había visto nunca al soberano desde tan cerca, simplemente no lo reconoció.

Su Sacrarreal Majestad se enojó muy enojado con la niña y decidió aplicarle un ejemplar castigo.

—Averigua de inmediato el nombre de esta niña —le ordenó a su Primer Ministro.

Así lo hizo éste, y a los pocos minutos se lo comunicó al rey que, sentado en un alto taburete, se deleitaba con su pastel:

—Su nombre es Yasna, su Sacrarreal Majestad.

Durante muchos días el indignado rey pensó en la manera de castigar a Yasna. Hasta que por fin se le ocurrió una idea que le pareció muy buena, aunque en realidad era bastante mala.

—¡Escuchad! —les dijo a nobles y plebeyos—. Por decreto real prohíbo desde hoy en todo el reino el sonido "ll". Por lo tanto, las palabras que se escriban con "elle" o "ye", cuando suene como 'll', de ahora en adelante deberán escribirse y pronunciarse sin los mencionados sonidos o letras. Esta prohibición regirá hasta que yo mismo vuelva a pronunciar ese sonido.

Nadie entendía nada, salvo la pobre Yasna que desde ese día tuvo que llamarse Asna, lo cual dejó muy satisfecho al vengativo monarca y muy apesadumbrada a la niña.

Pero la verdad es que el rey era el único



contento pues también quedaron muy desolados sus súbditos, porque además de lo difícil que era obedecer tan absurda orden, se producían unas tremendas confusiones.

¡Imagínense! Cuando alguien, en vez de decirle a su esposa: “Por favor, no me llames porque espero una llamada”, tenía que decirle: “Por favor, no me ames porque espero una amada”, lo cual molestaba bastante a la esposa.

Pero lo peor, lo peor de todo era que resultaba imposible contarles cuentos a los niños, por lo que éstos se hallaban, como es de suponer, muy, muy, muy apenados. ¡Y no era para menos!

Mas como su Sacrarreal Majestad —aunque sólo tenía nueve años— era muy poderoso, nadie se atrevía a hacer nada. Nadie excepto la pequeña Yasna, que decidió que debía hacerse algo para poner término a tan arbitraria medida.

Entonces se disfrazó de Cuentacuentos. De este modo consiguió ser invitada al palacio para relatar una historia y, sabiendo que al rey le agradaban las doncellas de cabellos claros, decidió contar un cuento cuyo protagonista los tuviera de ese color.

Se puso un traje de Cuentacuentos y luego de untar sus cabellos con polvo de...

Cuando estuvo reunida toda la corte, incluso el rey, Yasna —teniendo buen cuidado, por supuesto, de respetar el decreto real— relató este cuento:

En una lejana via vivía Guiermina, una doncea muy desdichada.

¿Sabén por qué? Pues, porque todos los habitantes de aquea via se enorgüecían de tener sus cabeos de color rojo-frutia, pero Guiermina tenía el cabeo amario.

Un día, Guiermina, tomando su cabao galopó hasta un arreo. Allí se sentó y una lágrima caó por su mejía.

Una grua y una ardia se le acercaron. La grua apoó el largo cueo en su rodía y la ardia se enroó junto a ea.

—¡Caa, caa! —le dijo la grua—. ¿A qué viene tanto baruo?

Ea le contó el porqué de su anto.

—¡Vaa embroo! —chió la ardia—. ¿Cómo podemos audarte?

—A sé cómo —dijo la grua—. Tras de aquel

cerrio vive un sabio viejecio, y endo hasta aá le contó lo del cabeo amario.

—¡Vaa! —exclamó el viejecio—. Es sencio. Basta que ea coma cinco semias de zapao al desauno para que su cabeo se vuelva rojo-frutia.

Retornó la grua y contó todo a la doncea y a la ardia.

Oendo aqueo, la ardia trepó a un aveano, sacó de un hoito un montón de semias y se las evó a Guiermina.

Ea las guardó en el bolsio y tomando su cabao volvió a su via. Y al día siguiente, al desauno, enguó frente a todos las cinco semias.

Pero, ¡vaa!, su cabeo amario, en vez de tornarse rojo-frutia, se hizo aún más claro. ¿Qué habría faado?

Pues que la auda había sido para peor, pues la descuidada ardia, en vez de semias de zapao le había entregado a la doncea semias de ceboa.

Debido a eo, la pobre Guiermina tuvo que irse de la via.

Terminó Yasna de contar su penosa historia mientras el rey hacía esfuerzos por contener el llanto, no por lo triste del cuento sino porque no había entendido nada.

—Si su Sacrarreal Majestad lo desea —le dijo ella— le puedo presentar a la niña de pelo claro.

Y como el monarca aceptara, la muchacha se acercó al trono y sacándose la peluca se inclinó ante el soberano.

Su hermoso pelo amarillo, que —según recuerdas— había untado previamente con polvo —ahora lo puedo revelar— de cebolla, quedó muy cerca del rostro del rey.

Este, al olerlo, no pudo contenerse más y se puso a llorar exclamando:

—¡Buah! ¡Ya no puedo callar mi llanto!

Pero al pronunciar el sonido vedado, sin quererlo dio por terminada, según sus propias instrucciones, la absurda prohibición. No sólo sus súbditos se alegraron sino que también él mismo, pues le gustaba que le contaran cuentos y éste era el primero que escuchaba desde hacía mucho tiempo.

Por ello, comprendiendo lo inteligente que era Yasna, la nombró Cuentacuentos oficial del reino.

—Tu tarea —le dijo— será continuar relatando cuentos.

Y así lo hizo Yasna. Narró, para delicia no sólo del pequeño rey sino de todos los niños del reino, sus hermosos, a veces tristes, generalmente alegres, historias.

Algunas de las cuales yo les voy a contar ahora...

Este es el cuento que Yasna
le contó al Rey

En una lejana villa vivía Guillermina, una doncella muy desdichada.

¿Saben por qué? Pues, porque todos los habitantes de aquella villa se enorgullecían de tener sus cabellos de color rojo-frutilla, pero Guillermina tenía el cabello amarillo.

Un día, Guillermina, tomando su caballo galopó hasta un arroyo. Allí se sentó y una lágrima cayó por su mejilla.

Una grulla y una ardilla se le acercaron. La grulla apoyó el largo cuello en su rodilla y la ardilla se enrolló junto a ella.





—¡Calla, calla! —le dijo la grulla—. ¿A qué viene tanto barullo?

Ella le contó el porqué de su llanto.

—¡Vaya embrollo! —chilló la ardilla—. ¿Cómo podemos ayudarte?

—Ya sé cómo —dijo la grulla—. Tras de aquel cerrillo vive un sabio viejecillo, y yendo hasta allá le contó lo del cabello amarillo.

—¡Vaya! —exclamó el viejecillo—. Es sencillo. Basta que ella coma cinco semillas de zapallo al desayuno para que su cabello se vuelva rojo-frutilla.

Retornó la grulla y contó todo a la doncella y a la ardilla.

Oyendo aquello, la ardilla trepó a un avellano, sacó de un hoyito un montón de semillas y se las llevó a Guillermina.

Ella las guardó en el bolsillo y tomando su caballo volvió a su villa. Y al día siguiente, al desayuno, engulló frente a todos las cinco semillas.

Pero, ¡vaya!, su cabello amarillo, en vez de tornarse rojo-frutilla, se hizo aún más claro. ¿Qué habría fallado?



Pues que la ayuda había sido para peor, pues la descuidada ardilla, en vez de semillas de zapallo le había entregado a la doncella semillas de cebolla.

Debido a ello, la pobre Guillermina tuvo que irse de la villa.

CHORLITOS EN LA CABEZA

Robertito no era un niño muy limpio que digamos. Y la verdad es que como sus padres siempre estaban muy ocupados en cosas importantes, cada día su mamá, al salir apurada a su trabajo en la Junta Nacional de Niños Desvalidos, le recordaba:

—¡Robertito! Báñate tú solito, ya eres grande y puedes hacerlo. ¡Ah! Y no te olvides de lavarte muy bien la cabeza.

—Sí, mamá —respondía el niño.

Entonces entraba al baño y echaba a correr el agua de la ducha, mojado el piso y la toalla para que pareciera que se había bañado.

Su papá, mientras tanto, tomaba el desayuno leyendo su periódico preferido. A veces escuchaba

—y otras no— correr el agua de la ducha. Y cuando por la noche la mamá de Robertito le preguntaba:

—¿Se bañó el niño, Godofredo?

El papá asentía con un movimiento de cabeza, pues estaba muy ocupado mirando las importantes noticias en la televisión.

Y la mamá se quedaba tranquila.

Otras veces era el papá quien, al salir a su trabajo en la Comisión Pro Defensa de la Naturaleza, le decía:

—Robertito, báñate y acuérdate de lavarte muy bien la cabeza.

Su mamá, entre tanto, terminaba de arreglarse. A veces escuchaba —y otras no— correr el agua de la ducha. Y cuando por la noche el papá le preguntaba:

—¿Se bañó el niño, Estefanía?

La mamá asentía con un movimiento de cabeza pensando en ¡vaya a saber qué problema de su oficina!

Entonces el papá se quedaba tranquilo.

Y como nadie se aseguraba de que Robertito se hubiera bañado verdaderamente, ¿para qué hacerlo? Así las cosas, cada día se iba acumulando más polvo sobre su cabeza; pelusas, semillas,



basuritas y cualquier cosa que cayera sobre su negro pelo enrulado ya no volvía a salir de allí nunca más.

En verdad, a Robertito le pesaba un poco la cabeza, pero no era como para preocuparse.

Un día, sin embargo, las cosas comenzaron a complicarse, pues esa mañana, cuando abrió el agua de la ducha, algunas gotas mojaron el polvo que había sobre su cabeza y la semilla empezó a germinar. Echó raíces, un tallo, hojas... Y poco a poco un arbolito empezó a crecer sobre la cabeza del niño.

Por supuesto que ni la mamá ni el papá de Robertito se dieron cuenta de aquello. Y menos de los dos chorlitos que llegaron allí en busca de un lugar donde hacer su nido.

La verdad es que a Robertito le pesaba cada vez más la cabeza, pero no tanto como para preocuparse.

Y llegó la primavera...

La chorlito hembra puso tres pequeños huevos en su nido. Y no mucho tiempo después, tres hermosos polluelos piaban felices en el nido construido entre las ramas del arbusto que Robertito tenía sobre su cabeza.

Pero como su papá y su mamá estaban demasiado ocupados en la Comisión Pro Defensa de la Naturaleza y en la Junta Nacional de Niños Desvalidos, no se enteraron de lo que estaba pasando sobre la cabeza de su hijo.

Hasta que una noche, en medio de la oscuridad, se oyó un...

—¡Pío, pío, pío!

La madre de Robertito despertó.

—¡Godofredo! ¡Godofredo! Escucha...

—¿Qué pasa, mujer?

—Oigo ruidos extraños en la casa. ¿Por qué no vas a ver lo que sucede?

—¡Bah! No es nada. Yo no oigo nada.

—Oigo ruidos en el dormitorio del niño.

—Estás soñando, Estefanía. Vuelve a dormirte mejor.

Pero en ese momento se oyó un...

—¡Pío, pío, pío!

—¿Oíste?

—Sí, está bien. Iré a ver —aceptó el padre; y levantándose bastante a desganas fue a la pieza de Robertito y encendió la luz.

El niño, perturbado, se despertó y se sentó en la cama.

—¡Ouch! —exclamó el papá al ver lo que estaba viendo—. ¡Estefanía, Estefanía, ven rápido!

La señora se levantó y corrió a la pieza del niño:

—¡Auch! —no pudo menos que gritar al ver a Robertito sentado en la cama con cara de sueño, y con un árbol florido sobre su cabeza. Y entre sus ramas, un nido en el que tres pequeños chorlitos piaban hambrientos:

—¡Pío, pío, pío!

—¡Horror! —se escandalizó la mamá que hacía mucho, mucho tiempo que no miraba con detención a su hijo—. Robertito tiene chorlitos en la cabeza. ¡Horror!

—Pero esto es espantoso —se alarmó Godofredo, que casi por primera vez veía realmente al niño—. ¿Cómo es que nadie se dio cuenta de esto a tiempo?

—Un doctor. ¡Hay que llamar a un doctor de inmediato!

Y llamaron a un médico de cabellera. Pero



éste, después de comprobar que Robertito gozaba de excelente salud, se retiró diciendo:

—Lo siento, pero nada puedo hacer.

Luego llamaron a un ingeniero foresta-cabezal; y después a un cirujano de pelo y a un peluquero y a un leñador y a un ornitólogo y a... Pero todos movieron la cabeza y dijeron:

—Lo siento, pero nada podemos hacer.

Entonces, ¡no me lo van a creer! A Robertito mismo, a quien con el árbol y los tres chorlitos ya era demasiado lo que le pesaba la cabeza, se le ocurrió la solución.

Fue al baño, se mojó bien mojada la cabeza para soltar las raíces del arbusto, con sumo cuidado lo sacó de arriba de su cabeza y lo fue a plantar en el patio de la casa mientras los tres pequeños chorlitos continuaban piando felices:

—¡Pío, pío, pío!

LA CASI TRISTE HISTORIA DE VILLA ALEGRE

Todo era dicha y regocijo en Villa Alegre, los adultos trabajaban felices y los niños estudiaban y jugaban dichosos... hasta el día en que Juan Juanes encontró una pepita de oro en el riachuelo cercano.

Encontró la pepita y miró asustado para todos lados. No fuera a ser que alguien lo hubiera visto. Pero no, ¡por fortuna no había nadie!

Corrió presuroso a su casa y, encerrándose en su dormitorio con su esposa, le mostró su preciado hallazgo.

—¡Oh! —exclamó ésta. Y también miró hacia todos los rincones de la pieza para asegurarse de que nadie los hubiera escuchado.

—¿Y qué haremos? —le preguntó a Juan.

—Por el momento, la iremos a vender a la ciudad. Y con lo que nos den, podremos comprarnos...

—¡Ya sé!, nos podemos comprar ropa nueva.

Así lo hicieron y a la semana siguiente ellos y sus cuatro hijas se pasearon por Villa Alegre luciendo unas finísimas tenidas que fueron admiradas por todos los vecinos.

Mientras tanto esa semana Juan Juanes, que había ido todos los días al arroyo, había encontrado dos pepitas más.

Sin embargo esta vez, y aunque él no lo supo, había sido visto por Marián Marianes, quien se lo contó a su marido, quien corrió al estero y ¡oh!, encontró una brillante pepita de oro.

Es claro que Marián y su familia, al otro día, salieron también a mostrar la nueva ropa que acababan de comprar.

Todo el mundo, por supuesto, notó esta súbita riqueza. Muy pronto se supo en Villa Alegre que había oro en el riachuelo.

Pero a Joaquín Joaquines no le bastó con ir él. Para poder encontrar más pepitas, llevó a su señora y a sus tres hijos.



Inmediatamente todos los vecinos lo imitaron.

Así, no sólo los hombres se dedicaron a buscar oro sino que además lo hicieron las mujeres y los niños. Para ello construyeron pequeños diques, fabricaron artesas y harneros especiales para filtrar la arena, y un montón de otros implementos.

Ya en Villa Alegre nadie tenía tiempo para cultivar la tierra ni para fabricar cacharros o ropas o muebles o... Los niños, por su parte, como eran niños, se cansaban mucho y ya no tenían fuerzas para ir a la escuela y tampoco tenían ganas de jugar.

La verdad es que sólo unos pocos lograron encontrar una que otra pepita. Pero la esperanza de hallar más era más fuerte que el desaliento, por eso las mujeres y los hombres seguían trabajando y trabajando durante todo el día, haciendo que sus hijos trabajaran también.

Aquí debería concluir la triste historia de Villa Alegre, sin embargo...

Pero sucedió que una mañana, al levantarse, Demián y su hermano Sergei de sólo pensar en que debían ir a trabajar, se sintieron muy cansados.

—¿Sabes, papá? —le dijo Demián— no es



que no queramos ayudarlos, pero nos puedes explicar ¿por qué nosotros tenemos que trabajar buscando pepitas de oro en el arroyo, en vez de dedicarnos a jugar y a estudiar?

—Bueno, este... —titubeó el padre sin tener muy clara la respuesta—. ¿Por qué, mejor, no se lo explicas tú, Alicita? —le solicitó a su esposa.

Claro, miren niños, resulta que... —comenzó a explicar la mamá, pero tampoco supo qué decirles.

Aprovechando el desconcierto de sus padres, Sergei pidió:

—¿Podemos, mientras tanto, jugar aunque sea un ratito a la pelota? ¡Hace tanto que no jugamos!

—Sí, sí, por supuesto —aceptaron los padres.

Sergei y Demián salieron entonces a la calle a jugar con su pelota. Otros niños los vieron y corrieron a jugar con ellos.

Así, aquella mañana sólo los padres fueron al arroyo en busca de oro. Como a eso del medio día, Manuel Manueles, el padre de Demián y de Sergei, reunió a todos los vecinos y les dijo:

—¿Saben? Mis hijos nos preguntaron esta

mañana, a Alicia y a mí, por qué ellos tenían que trabajar en vez de estudiar y jugar. Y la verdad es que no supimos qué responderles.

—Es cierto —aceptó Juan Juanes—. No hay ninguna razón para hacerlo salvo nuestra codicia.

—Claro —corroboró Manuel—, si hubiéramos tenido una gran necesidad tal vez, pero...

—Pero no la tuvimos ni la tenemos —reconoció otra vecina.

Y desde ese día todo volvió a ser dicha y regocijo en Villa Alegre. Y los niños pudieron volver a jugar y a estudiar...

¡QUÉ GANAS DE COMER UN HUEVO FRITO!

Aquel parecía un buen lugar. Se veía muy limpio y en cada mesita había un mantel bordado y un florero con flores amarillas.

—Muy bien —dijo mi madre—, aquí podremos comer algo.

Entramos los tres —mi papá, mi mamá y yo— y nos sentamos en una mesa desde la cual podríamos mirar a las personas que paseaban por la calle.

Había poca gente en el restaurante. Un caballero de grandes bigotes, en la mesa junto a la nuestra, y dos señoras algo más alejadas, y una pareja de jóvenes.

Se acercó un mozo con cara de pregunta y mi papá, olvidándose de que estábamos en Checoslovaquia, le pidió:

—Un par de huevos fritos para cada uno, por favor.

El mozo nos miró con más cara de pregunta.

Entonces mi madre reprendió a mi papá:

—Edelberto —le dijo—, acuérdate de que estamos en un país donde casi nadie habla español.

Mi padre, entonces, ordenó en inglés:

—*Tu frai egs for ich uan, plis!*¹

El mozo se limitó a levantar los hombros y mover la cabeza de un lado para el otro.

—¡Uf! —comenzó a enojarse mi padre—. ¿Cómo es posible que tampoco hable inglés?

Y dirigiéndose al pobre hombre que seguía parado ante nosotros, juntó las manos intentando hacer algo parecido a un huevo con ellas.

—¡Huevo! ¡Huevo! *Eg! Eg!* —insistió.

El mozo siguió moviendo la cabeza y diciendo algo ininteligible seguido de unos *net, net*.

Para evitar que las cosas pasaran a mayores, mi madre pidió en francés:

¹ Versión fonética, aunque mal pronunciada, del inglés: *Two fried eggs for each one, please*, que significa: dos huevos fritos para cada uno, por favor.



—*Nu vulé deu eufs frits pur nu.*¹

El mozo... ¡Nada!

—*Eufs* —repitió mi padre, haciendo unos gestos raros con las manos—, *eufs*, huevos, *egs*... Nada.

—¿*Uovos*?²

Luego de varios otros intentos fallidos, y habiendo pasado ya más de quince minutos —y aumentando mi hambre en forma considerable— mi padre decidió tomar el toro por las astas. Levantó los codos y agitó los brazos como si fueran alas mientras repetía lo que él suponía que era el cacareo de una gallina.

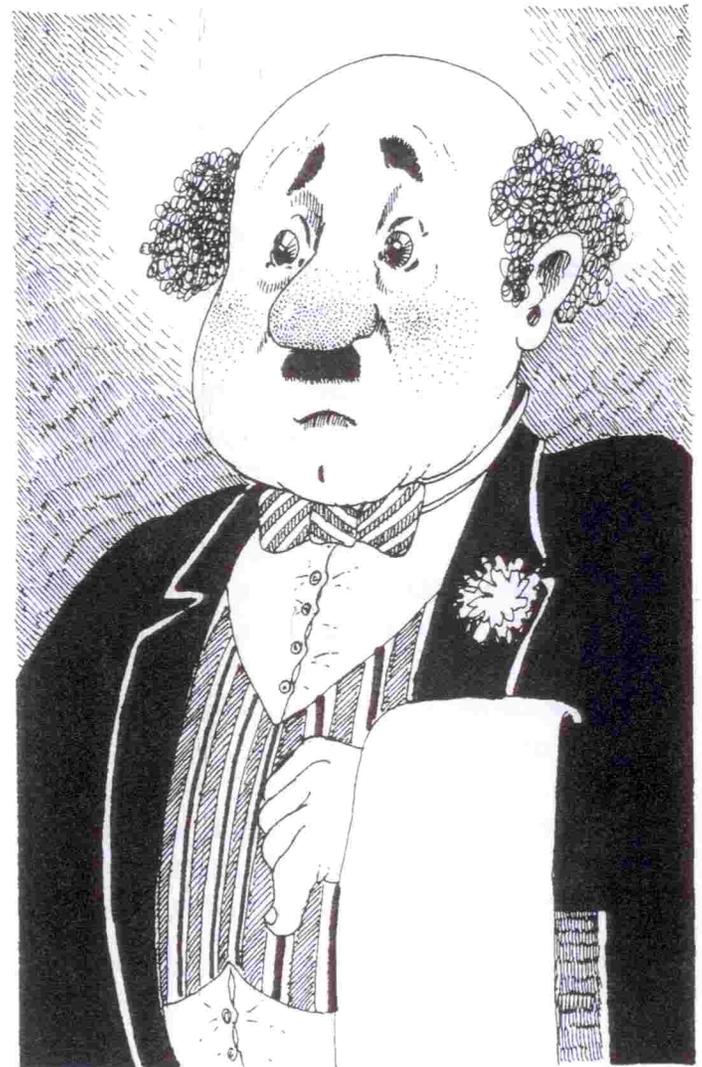
—¡Clo, clo... Clo, clo...!

Finalmente, para completar la escena, simuló sacar desde la silla un huevo y se lo mostró al mozo.

Por supuesto que todos cuantos estaban en el local no pudieron aguantar las ganas de reír. Todos, salvo el mozo, que seguía muy serio moviendo la

¹ Versión fonética, mal pronunciada e incorrecta del francés. Debiera decir: *Nous voulons deux oeufs frits pour nous*, lo que significa: Queremos dos huevos fritos para nosotros.

² Plural incorrecto de la palabra italiana *uovo*, en castellano "huevo", pues ha sido construido según las reglas gramaticales del castellano y no del italiano. El plural correcto es *uova*, "huevos".



cabeza y repitiendo algo ininteligible mezclado con unos:

—*Net, net...*¹

Por fortuna, en ese momento, un caballero que estaba cerca de nosotros se levantó y acercándose a la mesa, compadecido de nuestro infortunio, nos explicó en perfecto castellano:

—Señor, hace mucho rato que el mozo comprendió lo que ustedes quieren comer.

—Pero entonces ¿por qué sigue moviendo la cabeza como si dijera “no entiendo”? —preguntó mi madre.

—No, no. Lo que él les está tratando de decir es que en este restaurante no se sirven huevos fritos. Es más, creo que ni siquiera deben tener huevos.

—¿No tienen huevos? —inquirió casi despectivamente mi padre.

—No, no tienen —insistió el señor del gran bigote—, porque éste, señores, es un salón de té. Así es que ustedes —concluyó sonriendo— sólo podrán servirse aquí eso: una taza de té.

¹ Supuesta versión mal pronunciada del checoslovaco *ne, ne*, que significa “no, no”.

LA NIÑA QUE NO TENÍA NOMBRE

Había una vez una niña que no se llamaba de ninguna manera.

No es que tuviera un nombre realmente extraño,

o muy difícil de pronunciar,
o de esos bien, bien antiguos,
o talvez demasiado extranjero...

¡No! Simplemente no tenía nombre.

El caso es que cuando el nombre de una es María y alguien llama:

—¡María!

Una pone cara de María y contesta:

—¿Quién me llama?

Pero si una no se llama de ninguna manera, entonces nunca podrá poner cara de alguien... Y

las facciones se van a ir como desdibujando hasta que una se queda como sin cara.

Esto le pasó a aquella niñita: Tenía ojos, nariz, mejillas, boca, cejas, pelo, tenía de todo... Sin embargo todo era como de nadie.

Por eso, al cumplir los seis años, la pobre niñita tenía cara de nadie.

¡Lo único bueno era que la gente no podía burlarse de ella!

Porque la gente se puede reír de los ojos de Patricia,

del pelo crespo de Roberto,
de los dientes de Rodolfo,
o por último, de las orejas de Carmen...

¿Pero cómo alguien puede burlarse de la nariz de nadie?

Había, además, otra dificultad: La gente no sabía en qué idioma llamarla, pues la niña... ¡No era de ningún país!

No era de un país remoto
pero tampoco de alguno cercano;
desde luego no era de un país poderoso
ni menos de uno pequeñito...

¡No! No era de ningún país. Así es que, por si

acaso, la gente la llamaba en cualquier idioma: *fillette*, *bambina*, *Mädchen*, *ditiá*, *menina*, *little girl*, e incluso *niñita* en castellano...

Sin embargo, sus verdaderos problemas comenzaron cuando ella decidió realizar su máximo anhelo:

¡Ir al colegio!

Se dirigió al más grande que había visto y allí, una señora con una amplia sonrisa la recibió detrás de un escritorio con un montón de papeles.

—¿Así es que quieres entrar a este colegio?
—le dijo— ¡Hm! Muy bien. Debo hacerte algunas preguntas. ¿Cómo te llamas?

—No me llamo.

—Quiero decir, ¿cuál es tu nombre?

—No tengo nombre —respondió la niña poniendo cara de nadie.

—¡Hm! —dijo la señora bastante más seria—, todos tenemos un nombre aunque sea bien, bien extraño,

o demasiado difícil de pronunciar,

o de esos realmente antiguos,

o muy extranjero...

—¡Hm!, ¿quieres decirme el tuyo?

—Me gustaría, pero yo no tengo ningún nombre.

Aunque la señora no dijo nada, se notaba que estaba molesta porque prefirió continuar con la siguiente pregunta:

—¡Hm! ¿Nacionalidad?

—No tengo.

—Tienes que haber nacido en alguna parte.

—Yo creo que sí.

—¡Bien! —se alegró un poquito la señora—
¿En dónde?

—No lo sé.

Y hasta ahí no más llegó la conversación pues la señora, ahora muy indignada, le dijo:

—En este colegio no matriculamos niños que no saben cómo se llaman ni de qué país son, y menos, a alguien con esa cara de nadie que tienes —concluyó burlándose.

Hasta ahí no más llegaron las ganas de la niña de entrar a ese colegio. Salió muy apenada y se dirigió a otro. Pero allí sucedió lo mismo. Y también en otro y en otro.

En verdad, en ningún colegio quisieron aceptarla.



Sin saber qué hacer, la niña se fue caminando por la ciudad sin rumbo fijo.

¡Nunca podría realizar su anhelo de entrar al colegio!

De pronto..., al doblar una esquina, vio que desde una casa comenzaba a salir humo, y más humo... ¡Y luego llamas!...

Una mujer con un niño en los brazos salió corriendo.

—¡Incendio, incendio! ¡Se quema mi casa! —gritaba desesperada—. ¡Y mi otro hijito está ahí dentro!...

De inmediato llegaron muchos curiosos: Asustados vecinos y vendedores ambulantes, dueñas de casa, mendigos y niños...

Y también llegaron bomberos y fotógrafos y policías y ambulancias y médicos y reporteros y camarógrafos de televisión.

Mientras tanto, la casa ardía por sus cuatro costados a pesar de los denodados esfuerzos de los bomberos.

—¡Mi hijito está adentro!... —sollozaba la señora.

—¡Hay un niño!

—¡Está atrapado por el fuego!

—¡Va a morir quemado! —gritaban los vecinos y los vendedores y las mujeres y los niños...

Pero nadie se atrevía a entrar.

Entonces: ¡Horror!

La multitud, espantada, pudo ver que una niña con carita de nadie avanzaba hacia la casa en llamas.

—¡Oye, niña! —le gritó el jefe de los bomberos—. Tú. Sí, tú. ¿Cómo te llamas?... ¡Quiero que vuelvas inmediatamente!

En voz tan bajita que por supuesto nadie escuchó, la niña contestó:

—No me llamo de ninguna manera... —y siguió avanzando.

—¡Eh, tú! ¿De dónde saliste, de dónde eres? —le gritó el jefe de los policías—. ¡Regresa en seguida!...

En voz tan bajita que por supuesto nadie escuchó, la niña volvió a contestar:

—No soy de ninguna parte... —y siguió acercándose a la casa.

—¡Eh, tú, niñita! —gritó el jefe de los fotó-

grafos—. ¡Mira para acá! Quiero que en mi fotografía se vea tu cara...

Pero la niña ya estaba entrando en la casa, así es que no pudo contestar que ella tenía cara de nadie.

Como era muy pequeña logró pasar por debajo de las enormes llamas que se expandían, siniestras, por toda la casa.

El humo la cegaba casi por completo y no la dejaba respirar; el calor hacía que fuera casi imposible seguir avanzando...

Entonces oyó el llanto de un niño y se dirigió hacia allá luchando contra el fuego, que la obligaba a dar grandes rodeos, hasta encontrar al bebé.

Lo tomó y, haciendo un supremo esfuerzo, corrió hasta la salida y depositó al pequeño, sano y salvo, en brazos de su madre. Luego, completamente agotada, se desmayó.

“¡Qué importa!”, pensaba mientras iba cayendo, “como no me llamo de ninguna manera ni soy de ningún país, nadie se va a preocupar, ¡ni siquiera se van a dar cuenta de que he muerto!”

¡Pero se equivocaba!

Dos camilleros llegaron corriendo, la levantaron y la llevaron en ambulancia hasta el hospital.



A la mañana siguiente, bastante repuesta, tomaba el desayuno cuando entró la enfermera con un periódico bajo el brazo.

—Veamos, jovencita —le dijo—, debo llenar tu ficha médica. ¿Cómo te llamas?

—No me llamo de ninguna manera —respondió la niña.

—Pero debes tener algún nombre —se asombró la enfermera—, aunque sea un nombre bien extraño o de esos realmente bien antiguos. ¿Quizás no me lo quieres decir porque tienes un nombre demasiado difícil de pronunciar o muy extranjero?

—No —insistió la niña—, no tengo ningún nombre.

La enfermera, persona muy ordenada, le explicó:

—Veamos, jovencita. Yo tengo que anotar aquí algún nombre, así es que... —pensó unos momentos—: ¡Ya está! —exclamó y tomando el periódico le mostró un titular.

“NIÑA VALIENTE SALVA NIÑO”

—Todavía no sé leer —dijo la pequeña.

—¡Claro! Yo te leeré lo que dicen de ti:

—Increíble hazaña. Valerosa niña salvó a un

bebé de morir quemado en un incendio. ¡Esa eres tú! —agregó—. Lo que hiciste apareció en los diarios y radios y en la televisión. ¡Veamos! Te registraré como Valentina Salvaniño. ¿Qué te parece tu nombre?

La niña sonrió.

Esa misma tarde, Valentina recibió unas visitas: Eran el Presidente del país acompañado de su Primer Ministro, su Segundo, Tercer, Cuarto y Quinto Ministros.

Pidieron la ficha médica para saber cómo se llamaba y entonces le comunicaron:

—Señorita Valentina Salvaniño, te nominamos Ciudadana Honorable de este país al que, desde ahora, puedes considerar como el tuyo.

¿Y saben qué?

Mientras escuchaba, a la niña se le pusieron los ojos como ojos de Valentina, y también la boca y la nariz y el pelo, y hasta las orejas, en fin, toda, toda la cara se le puso como cara de Valentina:

En cuanto pudo levantarse, Valentina fue a un colegio y se matriculó en él. Y como las clases estaban por comenzar, corrió, feliz, a juntarse con todos sus compañeros.

LA GUERRA DE LOS COLORES

Azulandia era una isla en que todo era de color azul. Eran azules los hombres, el mar y los sillones, azulados eran los conejos y azulinos los melones.

En antiquísimas leyendas se decía que hombres de otros colores vivían en remotas regiones del planeta pero, ¡claro!, no podía tratarse de seres humanos sino de monstruos con los cuales ningún hombre podría convivir. Por esa razón jamás habían osado navegar a más de treinta kilómetros de la costa.

Pero en Azulandia vivía Añil, un joven de ojos azules —y todo lo demás, claro, también azul— muy valiente, cuyo mayor anhelo era viajar mar adentro para comprobar si aquellas leyendas eran ciertas.

Y, ¿saben? ... ¡Eran ciertas!

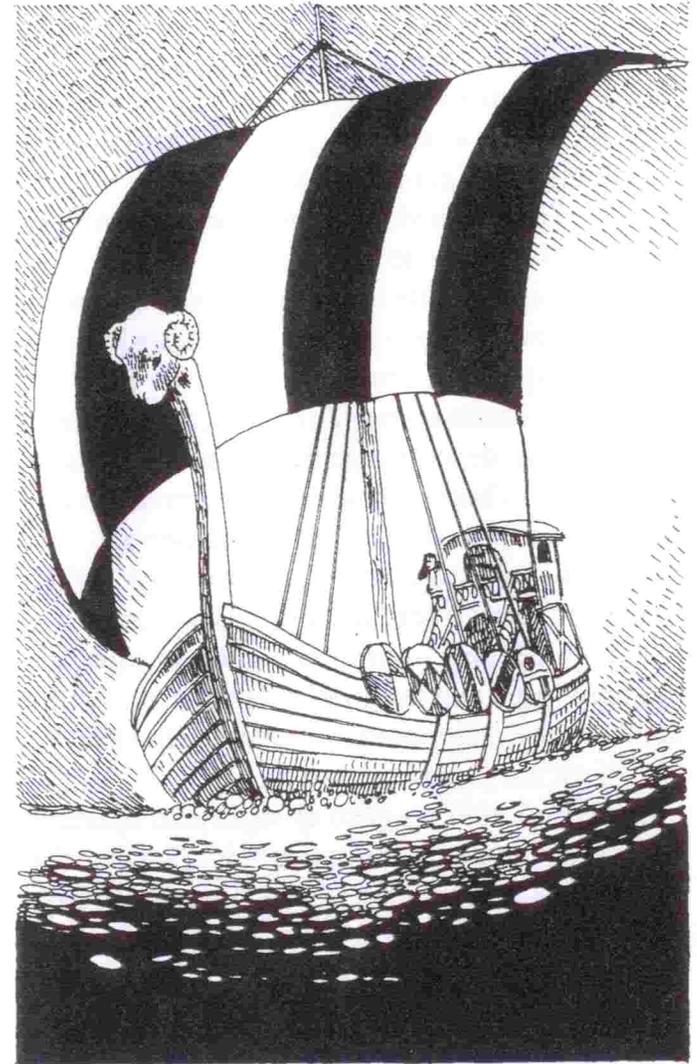
Como a unos ochenta kilómetros, viajando derecho por el mar, se encontraba Rojinia, otra isla habitada por los rojinelos y en donde todo era rojo. Eran rojos los hombres, los bostezos y los erizos, rosadas las canciones y los computadores rojizos.

Pero... Ellos también conocían leyendas semejantes y también estaban convencidos que sólo los rojos podían ser humanos; si acaso llegaran a existir seres de otros colores, obviamente serían monstruos horripilantes. Por esa razón jamás habían osado navegar a más de treinta kilómetros de la costa.

No obstante en Rojinia vivía una doncella de labios rojos —y, claro, todo lo demás también rojo— llamada Grana, cuyo ferviente deseo era desentrañar aquellas misteriosas leyendas.

Por ello, un día Grana partió navegando mar adentro en su rojo barco hasta llegar a... ¡cuarenta kilómetros de la costa!, cosa que nunca nadie se había atrevido a hacer.

¡Y vaya casualidad! Ese mismo día y a la misma hora, el joven Añil, embarcando en su nave azul, enfiló recto hacia lo desconocido y navegó



mucho más allá de los treinta kilómetros.

Pero entonces...

—¡Tierra a la vista! ¡Y no es azul! —gritó asombrado el vigía de Azulandia.

—¡Tierra a la vista! ¡Y no es roja! —vociferó extrañado el vigía de Rojinia.

En efecto, frente a ambos barcos —que aún no se veían uno al otro— una pequeñita isla blanca se asomaba apenas sobre el mar.

Tanto Grana como Añil se alegraron enormemente de su descubrimiento y, sin saber que alguien más lo hacía, decidieron desembarcar en la isla y tomar posesión de esa nueva tierra.

¡Pero les estaba reservada otra sorpresa! Habían transcurrido sólo unos minutos cuando..

—¡Ohé, ohé! —gritó el vigía rojo enfocando su catalejo en un puntito del horizonte, más allá de la isla recién descubierta—. ¡Nave a la vista!

Y en ese preciso instante...

—¡Ehó, ehó! —gritó el vigía azul ajustando sus binoculares para observar mejor una manchita en el mar, más allá de la isla blanca—. ¡Barco adelante!

Entonces los rojinelos pudieron ver la nave y a unos especímenes azules que viajaban en ella. Y

los azulandeses vieron el barco y a las criaturas rojas que iban en él, y un solo grito escapó de todas las gargantas:

—¡HORROR! Nos atacan los monstruos.

El pánico se apoderó de ellos. Jamás había ocurrido algo semejante.

—¡Hombres de Azulandia! —les habló Añil a los suyos—. Nos enfrentamos a seres desconocidos, pero no debemos temerles: los pintaremos de azul para que parezcan humanos. Así es que... ¡A bajar toda la pintura azul y las brochas que llevamos a bordo!

En ese mismo instante Grana arengaba a sus hombres de idéntica manera, pidiéndoles, claro, que bajaran la pintura roja.

Ya en tierra, ambos grupos se encontraron, y entonces...

—¡Plum, cataplum y cataplum! —Los botes de pintura azul salieron disparados hacia las filas de los rojinelos y, ¡claro!, los de pintura roja volaron hacia los azulandeses.

Pero en ese momento...

—¡Ohé, ohé! ¡Ehó, ehó! —se oyeron, de nuevo, los gritos de ambos vigías—. ¡Nave a la vista!...

En efecto, por un costado de la pequeñita isla que apenas se asomaba sobre el mar, una misteriosa nave que no era ni roja ni azul se acercaba.

¡Ah!, se los diré: Provenía de Amarilis, una isla en la que todo era amarillos. Eran amarillos los hombres, las camas y los tenedores; los hipopótamos eran rubios y ambarinos los olores.

¿Pero, saben qué? En Amarilis también se conocían leyendas de seres de otros colores, pero, ¡claro!... Si no eran amarillos, no eran humanos. Así de simple. Por eso no les había interesado navegar a más de treinta kilómetros de la costa.

Sin embargo en Amarilis vivía Blondo, un joven de cabellos amarillos —y claro, todo lo demás también amarillo— que siempre había querido viajar más allá de los límites conocidos de su mar, pues ardía en ganas de conocer lo que allí pudiera existir.

Y al igual que Grana y Añil, Blondo se sorprendió al descubrir la pequeñita isla blanca que se asomaba apenas sobre el mar. Pero su sorpresa fue mayor cuando su vigía avistó dos navíos que... ¡oh!, no eran amarillos y, ¡oh, oh! sus ocupantes tampoco.

—¡Está tripulado por monstruos! —gritó.

Blondo y su gente, horrorizados, bajaron a tierra provistos de brochas y tarros de pintura amarilla a fin de pintar a aquellos extraños seres para que, por lo menos, parecieran hombres.

¡Y ahí se armó la batahola! A brochazo limpio...

Pinceladas iban y venían coloreando caras, cuerpos y ropas; tarros amarillos, rojos y azules surcaban el cielo. A veces, dos de ellos chocaban en el aire y, ¡plum! los colores se mezclaban.

Aparecieron primero los verdes, anaranjados y violetas; muy pronto los siguieron los castaños y los grises; y luego cientos de otros tonos que ni siquiera tienen nombre.

Sucedió que en medio de la batalla, Grana, Añil y Blondo se encontraron justo en el centro de la pequeñita isla que asomaba apenas sobre el mar y se miraron. Y se miraron... ¡Y se miraron!

—¿Qué *cosa* son ustedes? —preguntó Grana bastante desconcertada.

—Yo no soy una *cosa*, soy Añil de Azulandia —respondió el azulandés tan confundido como la muchacha—. Y si deseas saber qué soy, te lo diré:

como soy azul, soy un hombre.

—Yo soy Blondo de Amarilis, y siendo mi color el amarillo, yo sí soy un hombre de verdad —contestó el joven amarillo—. ¿Pero tú, qué eres tú? —le preguntó a su vez a la niña.

—Yo soy de Rojinia y me llamo Grana. Y como pueden ver soy de color rojo. Así es que si aquí hay alguien humano, esa soy yo.

—Yo soy el humano aquí —afirmó Añil.

—El humano soy yo —afirmó Blondo.

Pero entonces los tres volvieron a mirarse y sin poder evitarlo, comenzaron a reírse. Lo divertido fue que también sus tripulaciones hicieron lo mismo al mirar no sólo a los oponentes, sino que a sus propios compañeros, pues ahora era imposible diferenciar entre rojinelos, azulandeses y amarillos. Todos estaban cubiertos por una mezcla de pinturas; y no sólo ellos, también la isla y los barcos.

—Parece —dijo Añil, comprendiendo lo sucedido— que no es el color lo que nos hace ser humanos...

Entonces cada uno volvió a su isla con su barco cargado de pinturas de todos los colores para demostrarles a sus pueblos aquella simple verdad.



MEDU, LA PEQUEÑA MEDUSA AZUL

Había una vez una pequeña medusa de un muy, pero muy hermoso y transparente color azul. Se llamaba Medu y vivía con sus padres y sus hermanas en el fondo del mar, en un roquerío lleno de ondulantes algas verdes, entre las cuales ellas jugaban agitando sus maravillosas túnicas multicolores.

Medu podría haber sido muy feliz. Pero no era así. Ella pensaba que sus padres no la amaban, que nadie la amaba. ¿Por qué? Porque siempre le estaban diciendo que no.

—No te portes mal; no pelees con tus hermanas; no te alejes demasiado; no comas eso que te puede hacer mal... Y eso hacía que ella estuviera muy enojada.

Un día una de las hermanas propuso que fueran a dar un paseo al Bosque Negro, lleno de corales de ese color.

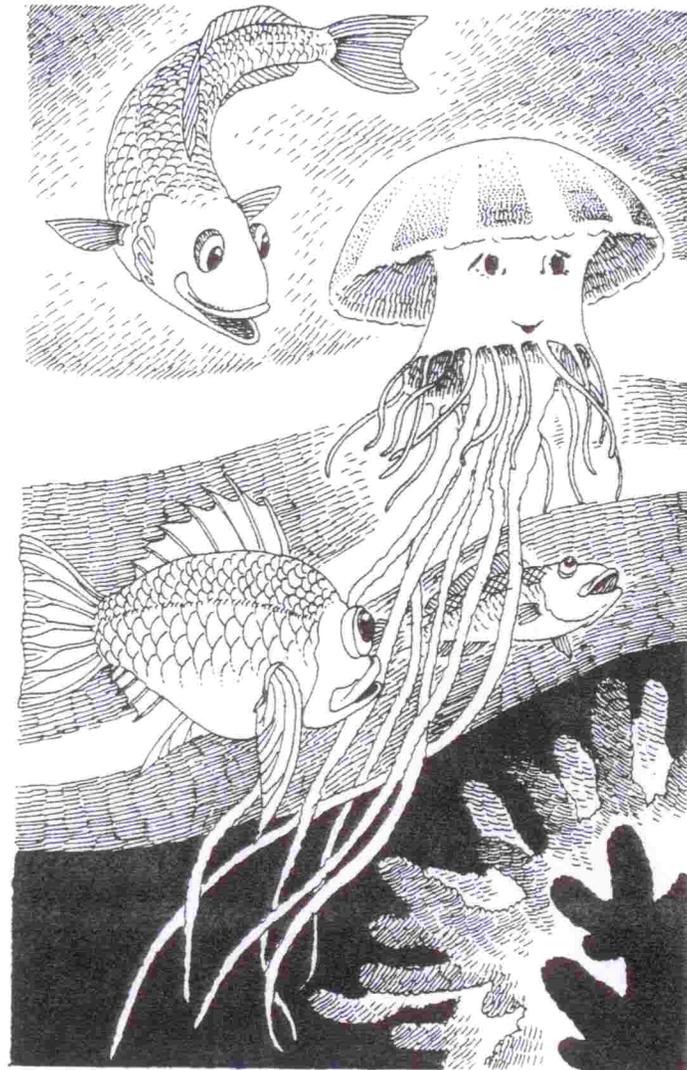
A pesar de que aquel bosque estaba algo lejos de su hogar, sus padres les dieron permiso para ir. Así pues, extendiendo sus mantos comenzaron a nadar agitando sus cuerpos. Parecía como si un arcoíris fuera cruzando las cristalinas aguas del mar.

A su paso, los animales marinos, asombrados, se acercaban para mirarlas. Los peces giraban en su torno atraídos por los colores brillantes, aunque sin acercarse demasiado por si acaso...

Al llegar al bosque algunas se dedicaron a corretear por entre los corales; otras se recostaron sobre las piedras del fondo para descansar un ratito; otras se pusieron a jugar al escondite... en fin, cada una hizo lo que tenía ganas de hacer.

Sin embargo todo aquello no le interesó a la pequeña Medu. Ella quería seguir paseando más y más lejos, a pesar de que su padre les había dicho:

—No se alejen demasiado del Bosque Negro. Ustedes no conocen ese lugar y se pueden extraviar.



“¡Bah!”, pensó Medu, “siempre diciéndome que no. Pues ahora verá que no le hago caso y no me pasa nada. Ya soy grande y por supuesto no me voy a perder”.

Y se alejó agitando su brillante capa azulada. Nadó y nadó un buen rato, encantada con todos los lugares nuevos por los que iba pasando, tan diferentes a los que ella conocía.

Pero de repente...

Sintió que algo poderoso la arrastraba. A pesar de todos los esfuerzos que hizo por zafarse, no lo logró. Entonces comprendió que había caído, sin darse cuenta, en una corriente marina.

Intentó apartarse, pero por más que agitó y agitó su manto no logró hacerlo. La corriente era demasiado fuerte y la arrastraba lejos, muy lejos del lugar donde estaban sus hermanas.

—¡Oh! ¿Qué será ahora de mí? —se preguntó, verdaderamente aterrada.

Y justo en ese momento, Medu sintió que unos dientes muy afilados rozaban su manto. Intentó huir, pero su perseguidor, un pez muy grande, era más rápido que ella. Nuevamente sintió que los dientes la tocaban, pero ahora hiriéndola.

Desesperada se dejó caer hasta el fondo del mar y allí se quedó muy quieta. Después de un buen rato de buscarla, el pez, al no poder hallarla, terminó por alejarse.

Durante muchas, muchas lunas, la pobre medusita vagó de un lugar a otro sin saber cómo volver con los suyos, intentando esquivar, aunque no siempre con éxito, los peligros que la acechaban.

Pero entonces sobrevino lo peor: el fondo marino comenzó a subir y a subir y a subir...

—Debo estar acercándome al fin del mar—se dijo—. Allí donde, según mi mamá, comienza la playa, en la que sólo hay arena y piedras pero no agua.

Medu recordó, además, que su mamá le había advertido que donde el mar se acababa había unas olas muy peligrosas, pues reventaban contra el fondo.

Las olas que Medu conocía no reventaban a menos que hubiera una tormenta. Pero en esas ocasiones ellas, las medusas, se refugiaban bien al fondo, entre las algas, donde las aguas eran siempre más tranquilas.

Pero aquí Medu comprobó con horror que no había plantas marinas; sólo rocas y arena. Y eso fue lo último que la pobre y maltrecha medusita pudo comprobar pues una ola, luego de elevarla y elevarla, la arrojó contra el duro suelo. Y esto no sucedió una sola vez.

Tantas veces la medusa fue lanzada y golpeada por las olas contra el fondo, que finalmente se desmayó. Cuando volvió en sí, Medu se dio cuenta de que ya no estaba en el agua.

Yacía tirada sobre una arena seca y dura. Hacía mucho calor y sentía que, de seguir allí, se moriría pues no podía respirar ni humedecer su cuerpo.

Muy arrepentida, aunque ya era tarde para arrepentirse, por no haber escuchado los consejos de sus padres, la pobre medusita sólo atinaba a murmurar:

—Socorro, socorro...

Pero nadie, nadie se acercaba a ella para ayudarla.

Pensando que ya nada podría hacer, Medu se dispuso a morir. Entonces sintió que algo pequeño y tibio la recogía y la volvía a poner en agua. No

estaba en el mar, pues el lugar era demasiado chico, pero eso no importaba porque ella era aún más pequeña.

Aliviada miró hacia lo alto, y vio una cara como la del señor Pez-globo, pero sin escamas y con unas algas finitas de color café claro que la cubrían por arriba. Y en la cara pudo distinguir una boca, algo raro con dos hoyitos que sobresalía en el centro y un par de ojos que la observaban con curiosidad.

—¡Hola! —saludó ella muy cortés—. ¿Quién eres tú?

Nadie contestó. Los ojos dejaron de mirarla y la cara entera giró, como si buscara a alguien.

Entonces insistió:

—¡Hola, hola! ¡Yujuuu! Aquí en el agua...

Medu se alegró al ver que los ojos volvían a mirarla.

—Soy yo la que te está hablando —insistió por si acaso.

—¡Buenos días! —la saludó la cara—. ¿Tú, la gelatina, me estás hablando? ¿Quién eres?

—Yo me llamo Medu y soy una medusa azul, no una gelatina —respondió ella un poco ofendida.

—¡Ja, ja, ja! —oyó y sintió que el agua se movía como si se hubiera desatado una marejada. Pero como suponía que era el dueño de esa cara quien había provocado la tormenta, no se alarmó sino que esperó a que ésta concluyera. Cuando el agua se hubo calmado volvió a hablar:

—Quiquiera seas, te agradezco el haberme salvado de una muerte segura. Tú me ayudaste cuando yo más lo necesitaba. Estaba sufriendo, herida y sola —dijo.

Los ojos se fijaron con detención en ella.

—¿Así es que no eres una gelatina sino una medu... una medusa? ¡Y además viva! Me alegro mucho de haberte podido ayudar. Y, ¿sabes?, ahora podremos jugar.

—Me temo que no —respondió la medusa azul—. Aunque yo puedo sobrevivir en este poquito de agua, muy pronto me moriría pues necesito de espacios más grandes donde nadar y buscar mi alimento.

—¡Ah!, te entiendo. Yo tampoco podría vivir en un balde.

—¿Un balde? ¿Qué es eso?

—Es la cosa donde te tengo. Estás en mi balde

amarillo. Con el que siempre salgo a recoger gelatinas.

—Me alegro de que lo hagas —dijo Medu—. Pero dime, tú, ¿qué eres? ¿Tienes nombre? ¿Dónde vives?

—Yo soy un niño. Mi nombre es Demián y vivo en una casa que queda cerca de la playa. ¿Quieres ir a conocerla?

—Me gustaría mucho conocer tu casa, Demián —agradeció con sinceridad la medusa, pues era muy curiosa—, pero debo volver a la mía. Y hablando de eso, ¿te puedo pedir un favor muy grande?

—¿Qué quieres?

—¿Tú podrías dejarme de nuevo en el mar, lo más adentro que te sea posible? Creo que ya sé hacia dónde debo dirigirme para volver con los míos.

—Claro que sí —respondió Demián—. Pero debes sujetarte bien porque voy a ir corriendo hasta la caleta de pescadores. Ahí te dejaré pues el agua es bien profunda.

Cuando el niño llegó allí, la medusa vio que la



miraba con un poquito de pena. Parecía que se había encariñado con ella.

—¡Qué lástima que no puedas quedarte conmigo! —le confesó el niño.

—¡Y qué pena que tú no puedas venir a visitarme! —dijo ella.

Entonces el niño se agachó y sumergió el balde en el mar para que la medusita pudiera salir nadando.

—¡Adiós, adiós, Demián! —gritó ella feliz, alejándose de inmediato de las peligrosas rocas en busca de su distante hogar.

Después de un rato el niño levantó el balde y miró en su interior. Sólo había un poquito de agua en el fondo.

¡ESCÚCHENME!

A los dos años Fernando ya sumaba y restaba. En cuanto su madre llegaba a casa de vuelta del trabajo, él la perseguía por todas partes pidiéndole:

—¡Escúchame, mamá! ¿No es verdad que treinta y dos menos dos es igual a treinta?

La mamá, que era profesora de castellano y que estaba casi todo el tiempo ocupada corrigiendo pruebas de comprensión de lectura y contando los sustantivos comunes que aparecían en el cuento que les daría a leer a sus alumnos, le respondía:

—Sí, sí, ¡claro! —por decirle algo.

Aunque si estaba un poco preocupada, le decía:

—No, no se puede —y así evitaba que su hijo provocara vaya a saber qué feroz desastre.

Al cumplir los tres años, Fernando realizaba un montón de operaciones matemáticas casi tan rápido como su minicalculadora parlante.

Las veces que había intentado comunicar a sus papás el resultado de alguna de las operaciones que ya era capaz de hacer, recibía de ellos una respuesta bastante displicente.

A los cuatro años Fernando correteaba todo el día detrás de su papá inquiriendo:

—¡Escúchame, papá! Diez elevado a dos es igual a cien, ¿verdad papá?

El padre, que era escritor, estaba siempre muy ocupado escribiendo cuentos infantiles y preparando conferencias de cómo lograr que los niños fueran mejores lectores, así es que no disponía de tiempo —ni ganas— para escuchar a su hijo:

¡Por supuesto, pequeño! —le decía, por decir algo; aunque si estaba de mal humor, le respondía con un:

—¡Desde luego que no! —con lo cual evitaba que su hijo pudiera desatar alguna catástrofe hogareña.

A los cinco años Fernando dominaba las sumas y restas y además sabía cosas tan difíciles

como que 'a' multiplicado por 'b' se puede escribir 'ab'.

Por supuesto que cuando intentó explicárselo a su papá a la hora de almuerzo:

—¡Escúchame, papá! Si es muy fácil —le dijo—: 'a' multiplicado por 'b' es lo mismo si se escribe de otra manera. ¿Sabes? El resultado es el mismo si los valores de 'a' y de 'b' se mantienen.

El padre le respondió:

—¡Mm, por supuesto! —mientras masticaba, preocupado de pinchar un pepinillo.

Y cuando hizo lo mismo con su mamá a la hora de la comida, ésta, cortando un pedazo de carne, le contestó por si acaso:

—No, no se puede.

Cuando cumplió los seis años, Fernando entró al colegio.

En la hora de matemáticas el profesor escribió en el pizarrón: $2 + 2 =$ Y pidió a los niños que copiaran y sumaran.

—Escúcheme, señor, es que yo ya... —alcanzó a decir Fernando antes de que el profesor lo reconviniera por hablar en clase.

Y mientras los demás niños sumaban dos

más dos, Fernando calculaba la suma de la resta de una suma. (Lo cual, si se quiere, es un disparate. Pero es que a Fernando, como niño que era, le encantaban los disparates).

Pero el verdadero problema se suscitó cuando el profesor intentaba enseñarle al curso a restar. Como era un profesor muy moderno, le gustaba que los niños experimentaran. Así es que les explicó lo que debían hacer:

—Para descubrir cuánto es dos menos dos —les dijo— coloquen dos porotitos sobre la mesa y después los sacan; es decir, resten dos porotitos y vean cuántos les quedan. Luego, para comprobar que el resultado es correcto, hagan lo mismo con dos lentejas.

—Escúcheme, señor, ¿yo podría hacer...? —alcanzó a decir Fernando antes de que el profesor fijara en él su furiosa mirada y volviera, sin decir nada, a su escritorio.

Ya en su casa, Fernando escribió en su cuaderno:

$$2 - 2 = 0$$

y se quedó pensando en el experimento. Claro que no en el del profesor sino en el que a él se le había ocurrido.



Escribió:

papá + mamá = (papás)

Si resto (papás) - (papás) = ____

Esto será, pensó, igual a... Y partió corriendo lo más rápidamente que sus piernas le permitían a contarle aquel descubrimiento a su papá, que estaba escribiendo en su computador, y a su mamá, que corregía pruebas.

—¡Escúchenme, mamá, papá! —gritaba feliz el niño.

—¿Sí, Fernandito? —con voz muy tierna, pero sin levantar la vista de la prueba que estaba corrigiendo.

—¿Deseas decirnos algo? —le preguntó su padre sin despegar la mirada de la pantalla del computador.

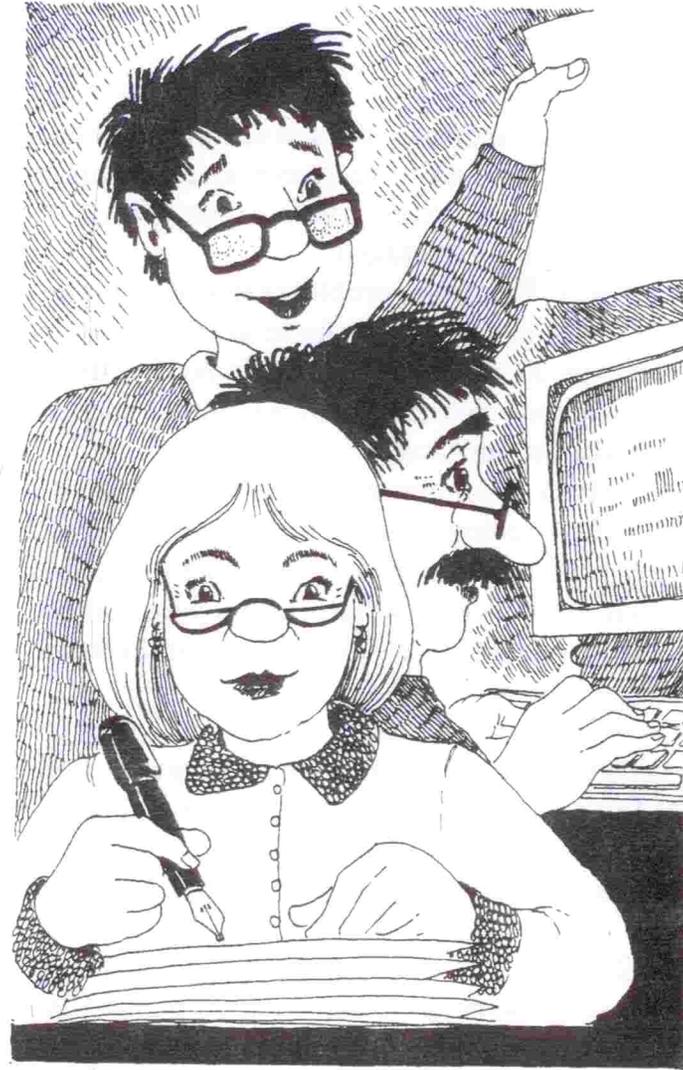
Aunque Fernando estaba acostumbrado a que no le prestaran atención, de todas maneras les contó:

—¿Saben lo que pasa si a *papás* le resto *papás* ?

—Sí, sí, claro...

—No, no puedes...

—El resultado es... —exclamó triunfante



Fernandito— ¡CERO!

Y mientras pronunciaba esta última palabra —*papás*—, es decir *papá* y *mamá*, se desvanecían dulcemente en la nada.

“Mañana comprobaré este experimento con mi profesor”, pensó Fernando mientras anotaba en su cuaderno:

Si resto *profesor* menos *profesor*, entonces...
Pero no colocó el resultado.

COMO SE PUEDE MOVER UNA MONTAÑA

Erasede que se era, en un tiempo en que todas las cosas —casi todas las cosas— estaban en el lugar en que debían estar, un niño que tenía un abuelo —un simpático caballero de gruesa barba, pelo algo canoso y una gran sonrisa— y que vivía en una ciudad que no digo cómo era porque era igual que muchas otras ciudades.

Tú te preguntarás: ¿Por qué dije “casi todas las cosas”?

Y yo te voy a responder: Había una cosa, una gran montaña pedregosa, que, según este niño —y también según el caballero— no estaba donde debería haber estado.

Y tú te volverás a preguntar: ¿Por qué esa montaña estaba en un lugar equivocado?

Y yo te volveré a contestar: Porque esa montaña... No, no. Mejor te lo explico todo desde el principio.

La ciudad donde vivía este niño estaba bastante cerca, aunque no a la orilla, del mar. No obstante, a pesar de su cercanía, nadie podía, desde sus calles y parques, o desde las ventanas de sus casas, contemplar sus hermosas aguas, las puestas de sol o sus lánguidos atardeceres. Tampoco era posible llegar caminando hasta la playa, pues había que rodear la gran montaña y eso, ¡uf!, alargaba demasiado el paseo.

Aunque, a decir verdad, a nadie —a casi nadie— le importaba aquello y todos parecían vivir muy felices.

Sí, sí. Dije “a casi nadie” porque al niño y a su simpático abuelo de barba tupida y amplia sonrisa sí les importaba.

Ellos pensaban, o mejor dicho, estaban convencidos de que sería mucho más grato vivir en la ciudad si aquella dichosa montaña pudiera ser movida lo suficiente como para que se pudiese contemplar el océano, como para que la brisa marina con olor salado y húmedo pudiera refres-



car las tardes, como para que se pudiese llegar caminando a la playa para mojarse los pies y tomar el sol.

Bueno, ahora ya lo sabes todo —o casi todo—, porque te falta por saber lo más importante.

Resulta que un buen día el niño y su abuelo decidieron poner remedio a aquella situación y mover la montaña hasta dejarla en el lugar donde debería haber estado, como a un kilómetro de distancia.

—Allí, abuelo, no molestará a nadie —le dijo el niño.

Se levantaron temprano y acercándose a la montaña afirmaron ambos sus hombros en ella y comenzaron a empujarla.

Ese día estuvieron haciendo fuerza toda la mañana, hasta que tuvieron el hombro dolorido y, por qué no decirlo, todo el resto —casi todo el resto— del cuerpo también, porque la verdad es que la nariz no les dolía.

¿Y la montaña? ¿Se movió?... ¡Nada! Ni un poquitito. Y en este caso no puedo decir “casi nada” porque no sería cierto.

Al día siguiente, sin embargo, volvieron a

levantarse muy temprano. Y cuando llegaron al pie de la montaña apoyaron nuevamente sus hombros en ella y... ¡Vamos empujando!

Aquel día también estuvieron presionando mucho rato. Pero al ver que no obtenían ningún resultado optaron por dejar de hacerlo.

Muy tristes y abatidos regresaron a su casa y pensaron, aunque sólo durante un corto rato.

Era indudable que a empellones no conseguirían nada, pero... ¿Y arrastrándola?

Como se habían dado cuenta de que sus fuerzas no eran suficientes para mover la montaña, el caballero simpático se consiguió tres yuntas de bueyes, de esos con mucha fuerza, y enganchando un par de garfios a los costados de la montaña, los amarró con gruesos cordeles a los animales. Entonces los picaneó para que tiraran.

Las pobres bestias jalaban y jalaban, pero la montaña no se movió ni un poquitito.

Nieto y abuelo volvieron de nuevo a su casa. Y ahora sí que pensaron mucho, mucho rato, hasta que el niño encontró una posible solución.

A la mañana siguiente, muy temprano, el niño tomó un gran canasto y se dirigió a la monta-

ña. Allí recogió algunas piedras, las echó en él y caminó hasta donde pensaba que la montaña ya no molestaría.

Entonces regresó a la ciudad y le contó a su abuelo lo que había hecho. Al otro día ambos hicieron lo mismo y, al volver cada uno, le pidió a sus mejores amigos que se reunieran para contarles su proyecto. El niño, por una parte, y su abuelo por la otra, les explicaron dónde pensaban que debería estar la montaña.

Tan buenos fueron sus argumentos, que la vista, que la cercanía a la playa, que la brisa, en fin... que todos, sin excepción, convencidos de la necesidad de moverla, decidieron solidarizar con ellos. Y lo que es más, aquella misma tarde los acompañaron provistos de canastos y bolsas.

Cada uno de los amigos recogió un montón de piedras y las trasladó hasta la futura nueva ubicación de la montaña. Y al volver a sus casas, todos hablaron a su vez con más amigos, los cuales, a su vez, compartieron sus inquietudes y solidarizaron con ellos...

Nuestro niño y el simpático caballero de gruesa barba, pelo algo canoso y una gran sonrisa, su



abuelo, también volvieron a su casa. Iban muy alegres. Ya en su hogar, sonrieron satisfechos.

¡Sí, esa era la solución!

Demoraría quizás un poquito más, pero la montaña sería finalmente movida y todos podrían compartir la hermosa vista del océano; la brisa marina que con su olor salado y húmedo refrescaría las tardes; y los paseos a la playa para mojarse los pies y tomar el sol.

¡CUÁNTO TRABAJO, CUÁNTO TRABAJO!

Cuando cae la noche en el bosque, despiertan los pequeños animales nocturnos. Entonces se asoman fuera de la cueva para oler el aire, arrugando la nariz y moviendo los bigotes.

A la Comadreja Trompuda le cuesta mucho levantarse. Si acercáramos el oído a su pequeña cueva podríamos oír cómo rezonga:

—¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo! —repite.

Ese anochecer no era diferente a los anteriores...

Tuco-tuco se despertó y olió el aire para estar seguro de que podría salir sin peligro, pero al hacerlo... ¡Un momento! ¡Algo no estaba bien! En el aire había un olor muy extraño. Nunca nadie le había informado acerca de este olor.

No era el olor del señor Puma, olor que había sentido cuando un enorme puma estuvo persiguiéndolo, pues nadie le había aconsejado acerca de este olor.

No era el olor del tío Zorro, olor que había olfateado cuando casi lo había mordido un zorro y sobre el cual nunca nadie le había dicho nada.

No era el olor de don Gato Montés, olor que había percibido recién cuando una de sus garras le había desgarrado un pedacito de piel, pues nadie le había advertido acerca de dicho olor.

Esta vez arrugó la nariz y decidió ir a preguntarle a don Cururo, que todo lo sabía. Partió corriendo hasta el roble entre cuyas raíces vivía el anciano y sabio Cururo, pero al llegar... ¡Un momento! ¡Algo no estaba bien!

Don Cururo, maleta en mano, se disponía a partir.

—¡Buenas noches, don Cururo! ¿Va de viaje?

—¿Y qué esperas que haga? ¿Acaso no te has dado cuenta de que en el bosque hay fuego?

“¿Ah?”, pensó Tuco-tuco, “ese olor tan raro debe ser olor a fuego, sobre el cual nadie me ha dicho nada, pero... ¿Qué será el fuego?”



—Sí —dijo—, pero, ¿qué tiene que ver el fuego con su viaje?

—¡Viaje, viaje, viaje! Has de saber, jovencito, que yo no voy de viaje a ninguna parte. Lo que estoy haciendo es huir de este voraz incendio que amenaza quemar el bosque entero.

“¿Ah?”, pensó Tuco-tuco, “ese olor tan raro debe ser olor a incendio, sobre el cual nada me han contado, pero... ¿Qué será un incendio?”

—Bien —preguntó— ¿y por qué hay que escapar del incendio?

Don Cururo lo miró y también miró a su alrededor porque muchos animales se habían reunido.

Monitos del monte, jilgueros, pudúes,
dos gatos guiñas y la comadreja.
Hasta el zorro chilla que anda de visita.
Chincoles, conejos, ratones lanudos,
y chunchos que llegaron volando
junto al murciélago orejudo,
tres chingues y dos torcazas.
Sólo el puma estaba faltando.

Ante tan selecto público, don Cururo se entusiasmó y siguió hablando y hablando.

—Si hay fuego —decía— es porque hay un incendio y llamas que saltan y bailan quemando la madera.

“¿Ah?”, pensó Tuco-tuco, “ese olor tan raro debe ser olor a madera quemada, sobre la cual nunca nadie me ha informado, pero... ¿Cómo será la madera quemada?”

—También arderán nuestras casas con todo lo que esté adentro. Y si uno está adentro... —iba a continuar diciendo don Cururo cuando... ¡Un momento! ¡Algo no estaba bien!

—¡CRAAAUUUNCH!

Una enorme rama cayó desde lo alto y luego otra y otra y otra más.

¡Todas las ramas caían envueltas en llamas!

Tuco-tuco supo de una vez lo que eran el fuego, un incendio y la madera quemada. Pero lo peor de todo fue que también supo lo que era estar rodeado por las llamas sin poder escapar.

Había mucho fuego y hacía mucho calor y había mucho humo y caían muchas ramas ardiendo. ¡Era como si el mundo se viniera abajo! El

pobrecito Tuco-tuco se asustó tanto que se desmayó. Pero lo último que alcanzó a oír antes de desmayarse fueron unos potentes rugidos:

—¡BRRRR! ¡BRRRR! ¡BRRRR!

Y lo último que alcanzó a ver antes de desmayarse fue una gigantesca sombra sobre él.

Lo último que alcanzó a sentir antes de desmayarse fueron gotitas muy, muy finas, que caían sobre su cara y sobre su cuerpo y también sobre todo el bosque. Luego, no supo nada más.

Las horas pasaron lentamente...

Tuco-tuco, poquito a poco comenzó a recobrar el conocimiento. Sentía dolorcillos por todo el cuerpo. Entonces escuchó:

—¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo!

Era la Comadreja Trompuda que se quejaba mientras curaba sus heridas con barro y musgo, sin dejar de regañar:

—¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo!...



EL SOMBRERO DE PAJA

Había una vez un lindo sombrero de paja que vivía solo adentro de una caja redonda de cartón, en uno de los numerosos estantes de una elegante sombrería.

Ciertas veces la vendedora lo sacaba de su caja para mostrárselo a alguna de las damas que entraban a la tienda; otras, lo dejaba en la vitrina. Y como esto sucedía siempre en primavera y verano, el pobre sombrero de paja tenía que soportar el sol. Aunque aquello no era tan malo después de todo, ya que al menos él se entretenía mirando a la gente y a los vehículos que iban y venían por la calle.

Pero el sombrero de paja no era feliz. Anhelaba tener alguien que se preocupara de él, deseaba

tener amigos, un hogar, y quería también conocer el mundo. Sin embargo, parecía que sus sueños jamás se verían realizados.

De vez en cuando alguna señora se detenía a mirar la vitrina. Entonces el sombrero de paja le decía al de fieltro:

—Te apuesto a que esa señora no entra en la tienda.

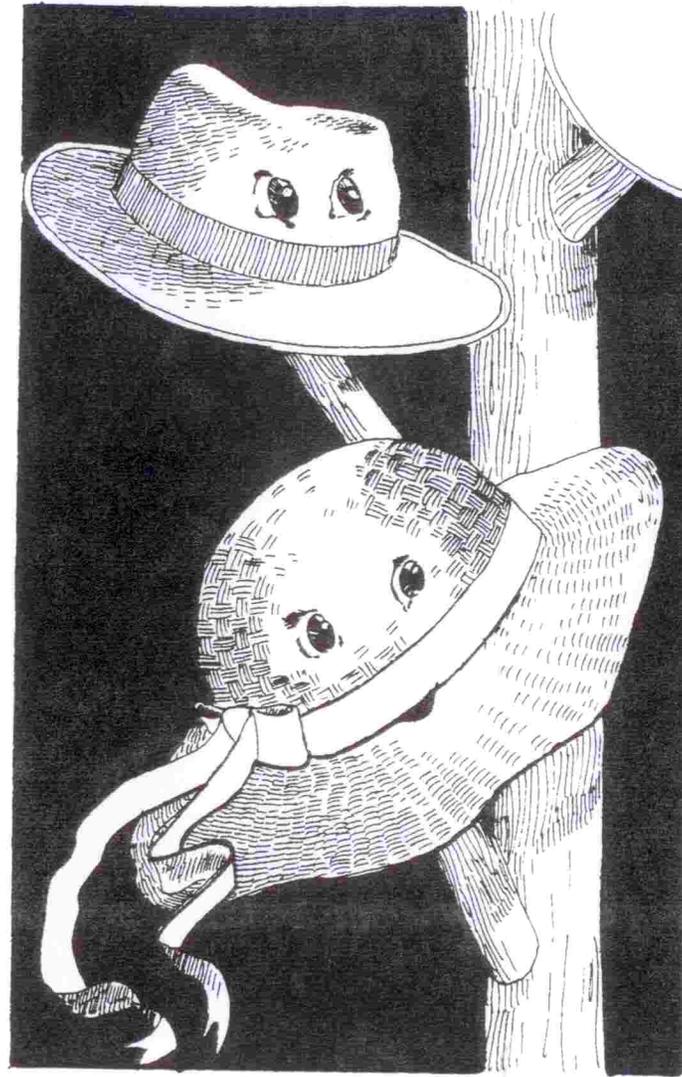
—Y yo apuesto a que sí. Mira con qué ganas me está mirando. ¡Hasta es posible que me compre!

Y así pasaban y pasaban los días y los meses, hasta que una tarde... Una hermosa y radiante tarde de primavera pasó junto a la tienda la señora Mariana y al mirar la vitrina, lo vio:

—¡Ahí está! —se dijo— ¡Ahí está el sombrero con el que siempre he soñado! Un bellissimo sombrero de paja.

Entró en la tienda con paso decidido, se probó el sombrero y, como le gustó, se lo compró.

El sombrero de paja estaba dichoso. Por fin, por fin se cumplirían sus sueños. Esa señora cuidaría de él, lo llevaría a un lugar que sería su hogar, allí tendría amigos y, además, podría conocer ese mundo de afuera.



No sólo esa misma tarde salió el sombrero de paja a pasear sobre la cabeza de su dueña. Muchas otras, Mariana lo llevó a visitar a alguna amiga, a recorrer las calles o a respirar el aire fresco del parque. El era feliz.

Al volver a casa su dueña lo sacudía un poquito para limpiarle el polvo y lo dejaba en un lindo mueble para colgar que había en el vestíbulo, junto a un gran baúl de cuero. El sombrero de paja sabía que ese era su hogar pues allí estaban sus amigos, una bufanda y dos paraguas, con los cuales conversaba hasta altas horas de la noche.

Pero una mañana en que la señora se disponía a salir, ésta se acercó al perchero, le echó una mirada al sombrero, lo tomó y después de darle varias vueltas para mirarlo por arriba y por abajo, exclamó:

—Este sombrero me lo he puesto tantas veces que estoy aburrida. Ya no me dan ganas de usarlo.

Y diciendo esto, abrió el baúl y... ¡plof!... adentro fue a dar el pobre sombrero. Todo quedó a oscuras.

¡Ay! Ya no podría conversar con sus amigos. Ya no volvería a pasear, ufano, por las calles de la

ciudad mirando vitrinas y árboles, personas y autos... en fin, ya no podría ver nada más.

En vez de estar en su hogar, ahora se hallaba en una cárcel. El baúl se había convertido en una verdadera prisión, muy parecida a la caja de la sombrerería, con la diferencia de que allí siempre había tenido la esperanza, mientras que ahora...

Sin embargo, aquello no era lo peor. Lo peor de todo era darse cuenta de que Mariana ya no cuidaría más de él. Y eso fue lo que más dolor le causó.

—¡Oh! —suspiró con mucha, mucha pena.

Y pasaron los días... El sombrero se fue entristeciendo y la paja de la que estaba hecho se fue como marchitando...

Pero un día a Ricardo, el esposo de Mariana, le dieron ganas de salir a jardinear. Claro que tenía que usar algo en la cabeza para protegerse de los fuertes rayos del sol. Hurgueteando por aquí y por allá encontró el sombrero de paja.

Sin fijarse mucho en su estado se lo encasquetó y salió al jardín. Pero como el sombrero le quedaba chico se lo sacó y lo dejó al lado de unas siemprevivas que había cortado.

El sombrero, sorprendido por lo que le estaba ocurriendo, se puso muy contento al encontrarse junto a aquellas flores.

—¡Qué agradable es estar nuevamente al aire libre y con ustedes —les dijo a las siemprevivas.

—Es muy amable de tu parte —le respondieron éstas—. Pero, ¿por qué dices nuevamente?

—¡Ay! —suspiró el sombrero—. Es que mi dueña ya no se ocupa más de mí. Se aburrió de salir conmigo y me metió dentro de un oscuro baúl. ¡Y pensar que lo único que yo deseaba era tener alguien que me cuidara, y un hogar!...

—¿Y por qué no haces algo? —le preguntó una de las flores.

—Tienes razón —respondió él—, debo pensar.

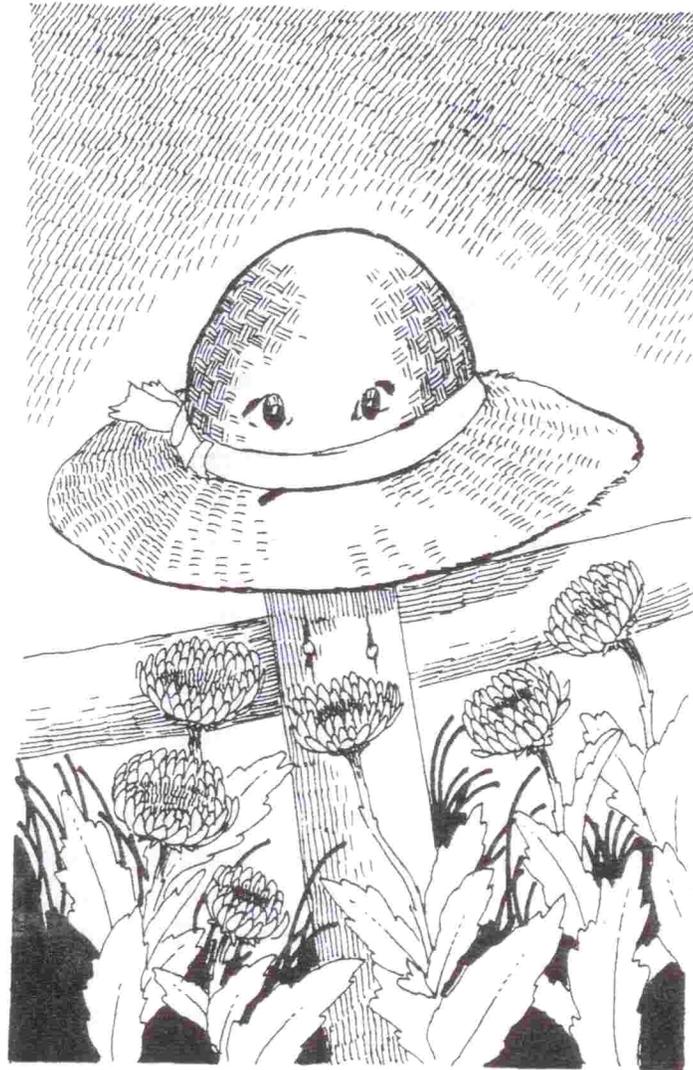
Después de un rato se le ocurrió una idea.

—¿No le gustaría a alguna de ustedes ayudarme?

Por supuesto que todas las siemprevivas le dijeron que estarían muy contentas de hacerlo.

—Pues bien —les pidió—, colóquense aquí, sobre mi ala.

Así lo hicieron las flores, formando un her-



moso y colorido ramo sobre el ala del sombrero de paja.

Cuando llegó Ricardo, no pudo sino fijarse en aquel vistoso ramillete.

—¡Qué lindo! —exclamó—. Las voy a sujetar al sombrero.

Y dicho y hecho. Ricardo buscó una cinta, amarró las flores al sombrero y lo colgó otra vez en la percha.

Cuando al día siguiente Mariana se dispuso a salir, se acercó al mueble de colgar en busca de su sombrero nuevo. Pero entonces, ¡oh!, allí había otro... ¡Y era su querido sombrero de paja!

—¡Qué tonta he sido! —exclamó feliz!—. Ahora me doy cuenta de que te quiero mucho y la verdad es que te he echado de menos. ¡Qué bueno que alguien se preocupó de ti!

Y tomando el sombrero de paja adornado con un ramo multicolor de siemprevivas, lo sacudió con suavidad, arregló las flores, se lo puso y salió a pasear.

- Batahola** : Alboroto, estrépito.
- Cururo** : Roedor pequeño de pelaje oscuro. (*Spalacopus cyanus*)
- Chincol** : Pájaro pequeño gris oscuro con bandas claras y moño en la cabeza. (*Zonotrichia capensis*)
- Chuncho** : El más pequeño de los búhos. (*Glaucidium nanum*)
- Guiña** : Gato montés, salvaje. (*Felis guigna*)
- Pudú** : Pequeño venado chileno. (*Pudú pudú*)
- Sacrarreal** : Sacarrión, sacarrial o sacrarreal majestad, es la forma popular chilena de decir: "sacra real majestad".
- Tenidas** : Chilenismo por "vestiduras", "atuendos".
- Tuco-tuco** : Pequeño roedor. (*Ctenomys brunneus*)